



# **(Otras) discusión sobre los estatutos epistemológicos de la comunicación: tensiones y sinsabores**

*Johan López\**

## **Resumen**

La comunicación está atravesada por diferentes campos del conocimiento; es un campo hospitalario; sin que ello tenga repercusiones negativas. El estudio del campo de la comunicación no puede hacerse de forma segmentada, toda vez que existe una complementariedad entre los diferentes campos que la “tocan” (¿“componen”?). El presente estudio pone en relieve algunos de los elementos que intentan constituir el campo de la comunicación, sobre todo desde la perspectiva latinoamericana. Finalmente, el estudio se fundamenta en la visión impolítica, toda vez que permite problematizar el tema de la constitución del campo de la comunicación desde el (des) borde y la actitud crítico-interpretativa inherente a las dinámicas propias de las ciencias sociales.

**Palabras clave:** Epistemología; comunicación; determinismo científico; comunicación latinoamericana.

---

Recibido: Mayo 2015 • Aceptado: Julio 2015

\* Profesor de la Universidad Bolivariana de Venezuela, Caracas. Correo electrónico: Johanmanuellopez@hotmail.com

## *(Other) discussion on the epistemological statute of communication: tensions and troubles*

### **Abstract**

Communication consists of different fields of knowledge; that is, a hospitalarian field, in a very positive way, so to say. Studying the field of communication must not be carried away separately, since there is a close relation between the other different fields complementing it. This study emphasizes some elements having to do with communication from a Latin-American point of view. Finally, this work stands for an impolitic viewpoint as it allows the author to problematize the field of communication in terms of its constitution from a critical-interpretative perspective inherent to social sciences dynamics.

**Keywords:** Epistemology; communication; scientific determinism; latin american communication.

### **1. Las ciencias: un asunto de la modernidad**

“El papel del moralista bajo el hábito del investigador tiene algo de absurdo. Igual que es absurda la pretensión del filósofo de deducir desde unos principios cómo tendría que modificarse la “ciencia” para poder legitimarse filosóficamente”  
(Gadamer, 2012:11)

Las concepciones filosóficas y científicas son hijas de su tiempo. Por obvio que resulte el comentario, no deja de ser curioso cómo desde las mismas ciencias sociales (en su versión más ortodoxa y normativa) se intenta sustraer esos elementos históricos y sociales inherentes a todo quehacer humano, contraviniendo el “estar ahí” heideggeriano. La ciencia es un asunto humano complejo, privan en su constitución elementos de variada índole.

Lejos estamos entonces de lo que algunos han llamado “inductivismo ingenuo”, es decir, de la idea de que la ciencia surja de una serie de observaciones en condiciones

relativamente homogéneas de una cierta cantidad de casos, y que lo haga sin ninguna premisa conceptual previa. Aún la decisión temática es ya una forma de restar neutralidad al enfoque. De tal modo, la ciencia está siempre orientada desde la teoría, y ésta a su vez se relaciona (de una manera no-unívoca, no punto-a-punto) con las tomas de posición axiológicas, que en un sentido más preciso son ideológicas. (Follari, 2003).

El conocimiento científico es *una* de las formas del hombre para *hacerse* con la verdad. Ese proceso de búsqueda de la verdad no está exento de dificultades, de valoraciones y equívocos; pero también esta concepción de la ciencia está atravesada (¿condicionada?) por unos intereses y no otros. La voluntad Moderna ha salido triunfadora; de allí que la ciencia contemporánea aún sigue siendo deudora del orden de la Modernidad, de sus lógicas hegemónicas (en tanto que consenso generalizado-no forzado y naturalizado; trama discursivo-vivencial que se impone hábilmente, sin pretender adherencias forzadas).

La Modernidad se instituye a partir de varios órdenes. Por un lado se encuentra el orden de dominio (de las fuerzas de la naturaleza); para lo cual crea toda una lógica taxonómica: lo que está dentro de la taxonomía y es funcional al orden hegemónico, es tenido como útil y verdadero. Lo que está fuera de la clasificación y la ordenación, es tenido como superchería, saberes marginales, creencias populares, acaso algo de poco valor y utilidad. Asimismo, otro elemento constitutivo de la Modernidad se relaciona con la voluntad de incorporar, sobre todo si hay en la cosa por incorporar algún valor que puede ser funcional al patrón moderno. Es así como se despliega en la Modernidad una dialéctica que por un lado expurga y por el otro incorpora.

En el campo de las ciencias sociales esta discusión aún sigue concitando debates y controversias. El campo de la comunicación (que está en construcción) no está fuera de estas discusiones. Si se aplica la lógica kuhniana al campo de la comunicación, habría que admitir que esta disciplina está en una etapa seminal, pre-científica. Ello es cierto, no cabe duda. No “resistiría” la incipiente disciplina de la comunicación un proceso de falsación al modo popperiano.

La comunicación no es una disciplina científica. Sus métodos y procesos están discutiéndose. “Los estudios de comunicación carecen de estatus disciplinario porque no poseen un núcleo de conocimiento y, de este

modo, su legitimidad institucional y académica constituye una quimera” (Otero, 2006: 60).

Darle a la comunicación su propio estatuto científico-epistemológico, pasa por una preceptiva científica de corte positivista. Se cae con cierta facilidad en la “trampa” de establecer unas normas y procedimientos “a seguir” para poder ser ciencia, es decir, para poder ser una disciplina que se encarga de llegar al ser de las cosas a partir de unas leyes, de una metódica específica y excluyente... no de otra. Las ciencias sociales no resisten estas constricciones. El sentido de las ciencias sociales es transversal, discontinuo en cuanto al objeto, relacional y complejo.

Ahora bien, ¿querer buscar esos códigos y formas que le otorguen un pretendido “estatuto científico” a la comunicación no implicaría entrar al terreno del determinismo científico de corte positivista? Lejos de creer en mixturas e hibridaciones, lo importante a resaltar en este punto es el carácter “movedizo” del campo de la comunicación; si algo se puede señalar en este sentido es que la comunicación no es un campo estanco; su característica principal radica en esos niveles de complementariedad que auto-constituyen su propia dinámica interna; tal vez allí (o desde allí) se pueden ubicar esos rasgos distintivos de la comunicación, como para darle un estatuto diferenciador respecto de otros campos del saber social.

En todo caso, a lo interno de las denominadas ciencias sociales, no se pueden hacer este tipo de segmentaciones o cortes para intentar ubicar campos autónomos, circuitos independientes que operan sin relación precedente, sin conexiones con otras áreas del conocimiento. ¿Acaso la política marcha “sola”, lo mismo que la antropología o la sociología? Ello no significa, que quede claro, una renuncia de sus estatutos, de sus formas epistemológicas y sus propias dinámicas internas, no; ni de las narrativas que conforman cada uno de los campos constitutivos de las ciencias sociales. Lo que se intenta colocar de relieve en todo caso son los vínculos de sentidos que se crean entre los diferentes campos del saber en el marco de las ciencias sociales.

En este particular, no se puede ser solidario con aquello de la “inespecificidad epistemológica” a la cual alude Follari (2000), sobre todo porque esa especificidad epistemológica que se demanda no se ha logrado en la antropología, ni en la psicología social, ni en la política, ni en la sociología; no por lo menos en unos niveles de “autosuficiencia epistemológica”, tal y como parece reclamar Follari, sobre todo porque los referidos objetos de estudio (aquello que le da el estatuto científico a un campo del conocimiento, entre otros elementos) también pueden ser cuestionables si aplicamos los mismos razonamientos que Follari intenta imponerle al estudio de la

comunicación; ello también puede ser asumido como una “ligereza” o un reduccionismo, cuando menos.

Entre tanto, los planteos de Follari pueden ser rebatibles si se atiende a que éste no logra trascender la idea-concepto de la comunicación mediática en su denuedo hacia los intentos de constitución del campo de la comunicación por parte de los comunicólogos latinoamericanos; concepción por demás acotada de la comunicación sobre todo si se atiende a los planeamientos que hiciera, entre otros, Antonio Pasquali.

La concepción de Follari pareciera ser subsidiaria de la tradición funcionalista norteamericana. Es decir, sus apelaciones y justificaciones van por el lado del estudio de los medios, dándole una preeminencia al estudio de aquéllos como si éstos fueran el “objeto de estudio” de la comunicación. Esa discusión si bien no está clausurada (no podría estarlo), ya ha sido profusamente tratada en congresos y planteos teóricos de diferentes espesores; en tal situación, el investigador argentino parece no haberse enterado de los debates que se dieron en Latinoamérica desde finales de los años sesenta, ricos por demás, sobre una nueva lectura que se ha venido haciendo desde estos predios acerca de la comunicación y sus derroteros epistémicos; todo lo cual ha contribuido a lo que el propio Follari reconoce: los esfuerzos por sistematizar las discusiones que se dan en congresos y revistas especializadas y que avivan los debates sobre la constitución del campo.

La pretensión de otorgarle estatuto científico a la comunicación es una discusión que no es ajena a esos procesos de legitimación científica al modo bourdieuliano; es decir, hay una comunidad científica comunicacional que está “urgida”, a la caza, por darle carácter de científicidad (a los modos de la ciencia normal/normativa) a la comunicación, como si eso fuese lo más importante en estos casos. Eso que se denominaría como lo “más importante” se debería relacionar con la generación de dinámicas que permitan destrabar cualquier tipo de sesgo preestablecido respecto al campo de la comunicación y revisar cómo se conforman en la sociedad esos niveles de relacionalidad y contacto entre los grupos humanos.

Dar cuenta de cómo se dan los procesos comunicacionales en el escenario social es lo realmente perentorio, el estatuto científico vendría a ser una consecuencia de la revisión de los procesos comunicacionales en sus diferentes formas y modalidades. Como quiera que sea, habrá que trascender los nominalismos reductores y los esquemas deudores de la tradición funcionalista norteamericana.

La realidad comunicacional es más abarcante y requiere de miradas más situadas y con altas dosis de creatividad e ingenio. En este caso, habría

que iniciar el camino, los diferentes esfuerzos intelectuales apuntan a esa constitución del campo, no sin advertir, claro está, que no habrá ninguna “pureza” en la búsqueda del objeto de estudio; de hecho, no sería deseable tal “pureza”, ello —si se considera así— terminaría por obstruir la riqueza del estudio de los procesos comunicacionales como uno de los elementos fundantes de la acción social.

Acá se rescata la noción de *conversación* de las ciencias del espíritu postulada por Gadamer (2012), esto es generar vínculos disciplinarios para poder entender la complejidad humana en toda su dimensión. Se insiste en lo siguiente: tal vez el sentido de época demanda este tipo de posturas “débiles” y heterodoxas, acaso como una forma de subvertir el orden de la Modernidad “contemporánea”; no hay campos autónomos en el marco de las ciencias sociales que se auto-constituyen a partir de dinámicas exclusivas e independientes.

## 2. Un intento de definición

Una visión sistémica de la comunicación señala que:

Todo lo que es comunicación es sociedad. La comunicación se instaura como un sistema emergente en el proceso de civilización. Los seres humanos se hacen dependientes de este sistema emergente de orden superior, con cuyas condiciones pueden elegir los contactos con otros seres humanos. Este sistema de orden superior es el sistema de comunicación llamado sociedad (Luhmann, 1993: 15).

Como se observa, esta visión excluye los elementos de poder que están en la base misma de la sociedad. La comunicación no “ocurre” en tierra neutral, en un espacio no condicionado por intereses y sesgos políticos de diferentes órdenes. Si se parte del hecho de que la acción comunicativa se erige como el elemento a partir del cual surge la sociedad y sus complejidades, estos niveles de relacionalidad no están exentos de conflictos. De hecho, esos conflictos son constitutivo de la propia dinámica social.

Para efectos de este trabajo, se entiende por comunicación al campo del saber social que estudia las formas y lógicas *relacionales* humanas<sup>1</sup> en un marco epocal tensado por intereses de poder. La categoría *Relación* es

1 Véase al respecto a Pasquali, A. (1990). *Comprender la comunicación*. Monte Ávila Editores. 4ta. Edición. Caracas-Venezuela.

nuclear en la definición de comunicación; se apela a la noción kantiana de *Relación* porque aquélla da cuenta del momento a partir del cual se deviene sociedad; es el factor estructurante del hecho social. Antes bien, es difícil ubicar esa distinción tan propia de las ciencias duras y normativas en el marco de las denominadas ciencias sociales.

Lo propio del saber social es la relacionalidad y la *indigencia* epistemológica en tanto que no existe autonomía ontológica en cuanto a los “objetos de estudios” que determinan su carácter científico. Por ello su carácter es subsidiario e interdependiente respecto de otras disciplinas de saber social.

Hay que resaltar que las investigaciones en el campo de la comunicación (por lo menos así se observa en instancias académico-investigativas: estudios de pre y postgrado, Revistas Científicas, Congresos y Simposios, entre otros) varían y tocan otros capos del saber; así, por ejemplo-sólo con ánimos eminentemente ilustrativos- hay investigaciones como la de Rossana Reguillo que transitan por los estudios de las Culturas urbanas, Vida cotidiana y subjetividad y Culturas juveniles. La connotada investigadora fue una de las invitadas en el reciente ALAIC-2012<sup>2</sup>, Montevideo-Uruguay. Sería ingenuo pensar que los organizadores del evento hayan invitado a la mexicana sin tener clara consciencia de que sus investigaciones tienen estrecha vinculación con los estudios en comunicación social. De hecho, ella misma se asume como investigadora en el campo de la comunicación.

¿Quién teoriza sobre la comunicación? No es una pregunta baladí, sobre todo si se atiende que quienes estudian la comunicación son los sociólogos, antropólogos, psicólogos sociales, politólogos, periodistas, entre otros. ¿Esto restringe y es limitativo para la búsqueda del estatuto científico de la comunicación? Sí, definitivamente. Por esa vía no se encuentran las singularidades del objeto de estudio de la comunicación. ¿Pierde validez y relevancia ese esfuerzo teórico e intelectual frente a la búsqueda de especificidad epistemológica que reclama la ciencia normal-positivista?

En todo caso, la discusión trasciende el canon científico *puro*; se ubica en la intención hermenéutica por dar con unas formas de pensar los hechos sociales desde una matriz epistemológica menos sacralizada por el manto monódico y preceptivo de las ciencias duras y normativas; mismas que despiden el resabio positivista decimonónico.

- 2 Sería interesante que el lector aguzado pueda revisar algunas de las cientos de ponencias presentadas en este importante evento; allí podrán constatar, entre otras cosas, que las discusiones no sólo se limitan a la comunicación mediática, sino que abarca otros campos del saber (por cierto, esto mismo pasa en todas las ciencias sociales).

Jesús Martín Barbero refiere en un viejo texto<sup>3</sup> que un profesor suyo en Lovaina sostenía que “un positivista es un señor que tiene la llave de una puerta y piensa que esa es la llave de todas las puertas. Cuando está ante una puerta que esa llave no abre, dice: esto no es una puerta”. En todo caso, lo importante es el propio camino emprendido, sus tanteos y búsquedas no pueden ser despreciables porque no están en correspondencia con una forma específica del conocimiento. Tal vez lo realmente importante es reafirmar el proceso reflexivo e interpretativo de la propia comunicación como otra forma del conocer social, que no se antoja única y definitiva.

## Referencias

- Barbero, Jesús (1984). “De la comunicación a la cultura. Perder el “objeto” para ganar el proceso”, **Revista Signo y Pensamiento**. Universidad Javeriana de Colombia.
- Esposito, Roberto (2006). **Categorías de lo impolítico**. Katz. Buenos Aires.
- Follari, Roberto (2000). **Comunicología latinoamericana: disciplina a la búsqueda de objeto**. Mimeo. Universidad Nacional de Cuyo-Argentina.
- Follari, Roberto (2003). “La moldura en espejo: encrucijadas epistemológicas de las Ciencias de la Comunicación”. **Revista Trampas de la Comunicación**. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Gadamer, Hans (2012). **Verdad y Método**. Ediciones Sígueme, Salamanca-España.
- Otero, Edinson (2006). “El ‘estado del arte’ en teoría de la comunicación: un ejercicio kuhniano”, **Revista Brasileira de Ciências da Comunicação São Paulo**, v.29., n.1, p. 57-83, jan./jun.
- Pasquali, Antonio (1990). **Comprender la comunicación**. Monte Ávila Editores. 4ta. Edición. Caracas-Venezuela.
- Rizo, Marta (2004). “El Camino Hacia la “Nueva Comunicación”. Breve Apunte Sobre las Aportaciones de la Escuela de Palo Alto”, **Revista Razón y Palabra**, v.40, agosto septiembre de 2004.

3 Véase Barbero, J. (1984). De la comunicación a la cultura. Perder el “objeto” para ganar el proceso. Revista Signo y Pensamiento. Universidad Javeriana de Colombia.